

JOSÉ MARÍA JAVIERRE

**MADRE PURÍSIMA
DE LA CRUZ**

Una chica del barrio Salamanca

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2006

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2006
C/ García Tejado, 23-27 - 37007 Salamanca / España
Tlf.: (34) 923 218 203 - Fax: (34) 923 270 563
e-mail: ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 84-301-1615-X
Depósito legal: S. 1009-2006
Impreso en España / Unión Europea
Imprime: Gráficas Varona S.A.
Polígono El Montalvo, Salamanca 2006

HOLA, AMIGOS

A MODO DE PÓRTICO

‘Hombre joven, Enrique Barrero, hoy presidente del Ateneo, ya era jurista notable y hombre de letras reconocido.

Le tocó pronunciar una soflama religiosa en la plaza de un pueblo andaluz.

Le acompañaban sus hijas, a la escucha de la facundia del padre y de las reacciones de los labriegos.

Enrique alzó una exaltación fervorosa de nuestra tierra, nuestras tradiciones religiosas, la esperanza cristiana, la fe, la certeza de la resurrección... Total, habíamos de comportarnos como excelentes cristianos y buenos ciudadanos.

Serían los años setenta, años de hambre por el sur de España.

Mientras un aplauso cerraba la pieza del orador, las hijas de Enrique oyeron a un pobre labriego, arrugada la piel, vestido con cincuenta años de camisa remendada y pantalón zurcido, calzado con alpargatones, murmurar resignado dirigiendo los ojos al orador:

-Tú..., que estás comío...

O sea, tú repartes palabras de alegría y entusiasmo; tú que comes, que has comido, que comerás, que no pasas hambre; tú que estás «comío».

‘Tiene salero, ponerme en estos tiempos a compilar la biografía de una monja.

Pero, cuidado: La monja fue una chica del barrio madrileño Salamanca; criada en familia bienestante; hasta sus dieciocho años educada en colegio distinguido; joven culta, finísima, inteligente; acostumbrada a taconear con su pandilla por la calle Serrano; atractiva; ¿mimada por los suyos?; mimada; «bien comía», bien vestida...

A sus dieciocho años entra monja en las Hermanas de la Cruz, sujetas a la *Regla* de Sor Ángela con dos afanes básicos: vida sacrificada y servicio a los marginados.

Una monja; una mujer que en estos tiempos nuestros, a sus dieciocho años, juró:

- ser casta toda la vida,
- vivir absolutamente pobre,
- renunciar a sus planes personales.

Lo juró ante Dios al pie del altar. Hizo sus votos.

¿Hasta cuándo? Hasta la muerte, que la pillará cumplidos setenta y dos años.

Años gastados en llevar una sonrisa a casa de los pobres «no comíos»; en curar sus llagas; en calentarles un potaje, ponerles una manta; limpiarles el cuartocho; darles palabras cariñosas; ya muertos, amortajarlos decentemente...

Con una sonrisa colgada permanente en sus labios, en sus ojos.

¿Que cómo se explica?

Pues no se explica. Sólo es cuestión de fe, creo en Dios Padre, Dios hijo Jesucristo, Dios Espíritu Santo. Creo en el amor y en la vida eterna.

Una chica del barrio Salamanca

María Isabel ha nacido en Madrid, 20 de febrero de 1926; madrileña, claro.

Su madre, doña Margarita Romero, también madrileña.

Ya hoy, con cuatro millones de habitantes asentados en Madrid, el comentario irónico ha perdido fuerza. Cincuenta años atrás, cuando el censo de la capital apenas alcanzaba millón y medio, los periodistas fingíamos asombro al conocer un madrileño nacido en Madrid, un madrileño fetén:

-Ah, tú eres de los veinte habitantes de Madrid nacidos aquí.

Dábamos a entender que la mayoría de los residentes en la capital habíamos llegado de la periferia: de Galicia, de Levante, de Andalucía o Salamanca, de Guadalajara quizá. Incluso de territorios rurales como La Alcarria o Las Batuecas, o Los Monegros.

María Isabel y su madre Margarita han nacido aquí: madrileñas fetén.

Don Ricardo Salvat, padre de María Isabel, pertenece, en cambio, a la inmensa nube de «madrileños importados»; vino hace años de Málaga, su tierra natal.

La ironía periodística está caducada, pues con cinco millones de madrileños échale un galgo a cada uno, si nacieron aquí o son importados. A Camilo José Cela le parecía Madrid «extraña mezcla de Navalcarnero y Kansas City»; veía la ciudad poblada de «subsecretarios», o sea, de políticos.

A sus dieciocho años, todavía en familia le siguen llamando María Isabel. Aunque hija de malagueño, María Isabel se sien-

te absolutamente madrileña. La capital posee una gracia peculiar para digerir familias inmigrantes, convierte en propios a los importados. Sería normal que defendiéndose de la transfusión sanguínea, Madrid aplicara fagocitosis a los recién llegados para eliminar bacterias dudosas. Pues no, Madrid, en vez de fagocitar, digiere, incorpora savia nueva a su torrente circulatorio. Así consigue que todos los españoles, y no pocos forasteros, estemos aquí como en casa. La capital nos pertenece a todos.

Iniciado el siglo XXI, acrecida Madrid como un monstruo marino, va perdiendo los encantos característicos de aquella villa bondadosa. Preguntabas a cualquier viandante por una oficina, y él te acompañaba hasta la esquina de la calle. Cuidado como ahora le pises un pie sin querer, o le empujes inadvertidamente, puedes ganarte una bronca sensacional.

Casi mitad del siglo XX, María Isabel cumple dieciocho años. Vivimos aquí todos tan a gusto que aceptamos el dogma local: «De Madrid al cielo».

Durante la infancia de María Isabel, terminó la guerra civil, iniciada en 1936. Madrid ha soportado durante la guerra bombardeos, apagones, terror y hambre. La tragedia destrozó familias, que lloran la ausencia de un muchacho, o del padre, también de mujeres, caídos en el frente de batalla o asesinados por los esbirros de uno y otro bando.

Madrid ha restañado prontamente sus cicatrices materiales, la vida oficial contribuye a restaurar calles y edificios. Las heridas internas, el dolor por la ausencia definitiva de quienes murieron, duermen calladamente dentro de los hogares. Pueblos y ciudades de la península soportan periodos de carencia, de enfermedades, de hambruna, consecuencia de la guerra y del aislamiento internacional de España. Niños y muchachos de cinco a doce años hemos soportado en repliegues de la geografía patria periodos amargos, privados de medicinas y de pan.

En cambio Madrid ha levantado cabeza muy pronto. Gracias a la abundancia de «subsecretarios», comentada por Cela; los políticos necesitaban devolverle rápidamente a Madrid sus atractivos. Y lo han conseguido.

Aunque ciertos suburbios de la capital, sucios, corroídos, soportan tan aterradores índices de mortalidad, los barrios céntricos recuperan alegría y esplendor anteriores a la guerra. Madrid entra a ocupar puesto en la decena de ciudades luminosas de Europa.

A María Isabel ha correspondido la fortuna de nacer en un sector municipal privilegiado, el barrio Salamanca, cuyo nombre evoca recuerdos del marqués que lo fundó, un tipo genial y tramposo, a ratos enriquecido como brillante banquero, a ratos hundido en la ruina más negra. Las calles de su barrio asientan un conjunto importante de familias burguesas.

Para María Isabel los tres años de guerra, 1936-1939, sólo significaron una ausencia provisional del barrio, de su casa, de su colegio, de sus calles; una incomodidad compensada con los viajes y la residencia en ambientes tan apetitosos como Portugal y San Sebastián.

Acabada la guerra, trece años de María Isabel, el señor Salvat trajo de nuevo a Madrid su familia; la instala en su barrio, el Salamanca, apenas tocado por los bombardeos; lo habitan gente distinguida, bienestante, más bien adinerada. Aquí viven tres cuartas partes de los ricos de la capital.

A los turistas les encantan media docena de espacios característicos de la ciudad: la Puerta del Sol, la Gran Vía, calle Alcalá, el parque del Retiro; y lugares típicos como la plaza Mayor y el Rastro. Por su parte, el barrio Salamanca, escenario municipal donde transcurrió la infancia y adolescencia de María Isabel, conserva su distinción, su elegancia, no ha perdido el buen tono.

Mi primer interrogante: Cómo María Isabel, una joven del barrio Salamanca, pudo tomar la resolución de hacerse monja.

Ellas, las monjas, contestan: «Vocación». ¿Y qué es «la vocación»? Una chica del barrio selecto de Madrid: Vocada, «llamada». ¿Por quién? ¿Para qué?

Hacerse monja...; bueno, hacerse «monja Hermana de la Cruz», que significa un modo particular de monjío.

El marqués de Salamanca seguro que no pensó enviar al convento chicas de su barrio... Él quiso crear y creó, un espacio urbano para familias ricas.

ÍNDICE GENERAL

Hola, amigos. A modo de prólogo	9
1. Una chica del barrio Salamanca	11
2. Aquí murió Bécquer... y salió volando el coche de Carrero Blanco	17
3. Niña feliz	24
4. Los años de la guerra	31
5. Entre el colegio y la sierra	36
6. El ruiseñor de Leire	44
7. «Tener vocación ¿qué es?», pregunta don Ricardo Salvat ..	53
8. Ha conocido a las Hermanas de la Cruz	63
9. A Sor Ángela le curaron sus males de estómago los «soldaditos de Pavía»	69
10. La Sevilla que visitó María Isabel en la primavera de 1942 .	78
11. Carta para don Ricardo Salvat. Se le avisa que lo de su hija María Isabel no tiene remedio	92
12. Respuestas para don Ricardo Salvat: la vocación, bien explicada, es un misterio	95
13. «Habéis leído mal las horas de la noche, está llegando el alba»	109
14. Segunda carta para don Ricardo	120
15. El último cigarrillo, qué chicas	122
16. La vocación en una foto	132
17. Qué invento, la fregona	142
18. Novicia dos años	149
19. Y sus hijas qué dicen de ella	157
20. «Mujé, dí a tu marío que ponga una bandera en lo alto del tejao»	165
21. Hechizada	178
22. El secreto profundo de Sor Purísima	184
23. Tercer voto, juramento tercero: «No ser, no querer ser»	197
24. Maestra de estreno	207
25. Las niñas de Lopera la quieren, ya lo creo... ..	214

26. Enseña y aprende. Maestra	220
27. Estepa huele a canela	231
28. Un Concilio, Vaticano II, para esta monja	241
29. La fábrica «Sor Ángela» que produce Hermanas de la Cruz	252
30. Tres años responsable de «la fábrica»	256
31. «Do a l' Arena»	274
32. Friega ollas, las más tiznadas	284
33. Sin contar, sin medir... ..	296
34. Cónclave en casa de Sor Ángela	315
35. No son líderes sindicales	321
36. Monseñor D'Ascola le pidió un regalo	330
37. Un loro en el convento	337
38. Paréntesis donde el autor se atreve a desear un aumento de conventos de Hermanas de la Cruz en Argentina	346
39. Espejo y Madre	356
40. Calor donde hay tanto frío	368
41. Si aquel fue su día más feliz	378
42. <i>Anawin</i> (los pobres de Yahvé)	391
43. ¿De qué se ríen?	399
44. Mi última carta a don Ricardo Salvat	406
45. Cómo era	412
46. Morir sólo es morir	431
47. «Que nos hemos columpiado»	443
 Adiós, amigos. A modo de epílogo	 453
 <i>Nota crítica</i>	 455
<i>Índice de fotografías en blanco y negro</i>	457
<i>Índice de fotografías en color</i>	459